

minotauro

PHILIP K. DICK

NUESTROS AMIGOS DE FROLIK 8



PHILIP K. DICK

NUESTROS AMIGOS DE FROLIK 8

minotauro

Título original: *Our Friends from Frolix 8*

© 1970, Philip K. Dick
Copyright renewed © 1998, Laura Coelho, Christopher Dick and Isolde
Hackett.
All Rights reserved

© de la traducción, Antonio Ribera

© Editorial Planeta, S. A., 2004
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0732-7
Depósito legal: B. 1.980-2021
Preimpresión: Realización Planeta

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

–¡No quiero examinarme! –exclamó Bobby.

Debes examinarte, pensó su padre. Si existe alguna esperanza para nuestra familia proyectada hacia el futuro. En los períodos que se extenderán mucho más allá después de mi muerte..., la mía y la de Kleo.

–Permite que te lo explique de esta manera –dijo en voz alta, mientras se movía entre la muchedumbre por la acera deslizante en dirección al Departamento Federal de Calificaciones Personales–. Las personas son todas diferentes entre sí y poseen capacidades diferentes. –Él sabía esto sobradamente–. Mis capacidades, por ejemplo, son muy limitadas; ni siquiera soy apto para el rango gubernamental G-uno, que es el más bajo. –Le dolía tener que admitirlo, pero era la verdad, y era preciso que el chico comprendiese cuán vital era esto–. Es decir, no estoy cualificado en absoluto. Tengo un pequeño empleo no gubernamental..., o sea, realmente nada. ¿Quieres ser como yo cuando seas mayor?

–Tú eres estupendo –alabó Bobby con la majestuosa seguridad de sus doce años.

–Oh, no –negó Nick.

–Para mí sí lo eres.

Nick se sintió desconcertado. Y, al igual que en muchas ocasiones últimamente, al borde de la desesperación.

–Escucha –exclamó– y sabrás de qué manera está gobernada la Tierra. Hay dos entidades que manejan, una en torno a la otra, gobernando primero una y después otra. Esas entidades...

–¡Yo no soy ninguna de esas dos! –se obstinó su hijo–. Yo soy Antiguo y Regular. No quiero examinarme. Sé lo que soy. Sé lo que tú eres y quiero ser lo mismo.

En su interior, Nick sentía su estómago reseco y encogido, y debido a esto experimentaba una aguda necesidad. Miró a su alrededor y divisó un drugbar al otro lado de la calle, más allá del tráfico de los coches cohete y de los vehículos más grandes, de transporte público. Guio a Bobby hacia una rampa para transeúntes y diez minutos después habían llegado a la otra acera.

–Entraré en el bar, solo tardaré un par de minutos –explicó Nick–. No me encuentro demasiado bien como para llevarte al Edificio Federal en esta extraordinaria conjunción de tiempo y espacio.

Condujo a su hijo más allá del ojo de la puerta, al oscuro interior del drugbar de Donovan, lugar que nunca había visitado pero que le gustó a primera vista.

–Ese chico no puede entrar aquí –le informó el camarero. Señaló un cartel que había en la pared–. No tiene dieciocho años. ¿Quiere que piensen que vendo bocadillos a los menores?

–En el bar que yo frecuento... –empezó a decir Nick, pero el camarero lo cortó bruscamente.

–Este no es el bar que frecuenta –declaró, y se marchó a atender a otro parroquiano situado al otro extremo de la sombría sala.

–Ve a mirar los escaparates de al lado –ordenó

Nick, dándole un codazo a su hijo e indicándole la puerta por la que acababan de entrar-. Me reuniré contigo dentro de tres o cuatro minutos.

-¡Siempre dices eso! -se quejó Bobby.

Pero salió a la acera, llena, a mediodía, de una legión de individuos apretujados... Se detuvo un momento para mirar hacia atrás, y después siguió andando, lejos ya de la vista de su padre.

-Tomaré cincuenta miligramos de fenmetrazina hidroc্লorida y treinta de astrodrina -pidió Nick, instalándose en un taburete-, con una solución de sodio acetil-salicilato.

-La astrodrina -le advirtió el camarero- le hará soñar con muchas estrellas lejanas.

Colocó un platito delante de Nick, cogió las píldoras y después la solución de sodio acetil-salicilato, que vertió en un vaso de plástico. Tras dejarlo todo frente a Nick, se puso de espaldas, rascándose una oreja reflexivamente.

-Espero que haga su efecto -comentó Nick, tragándose tres píldoras minúsculas, ya que no podía tomar más a finales de mes, y las ayudó a bajar con la solución salobre.

-¿Lleva a su hijo a un examen Federal? Nick asintió mientras sacaba su cartera.

-¿Cree que está preparado? -continuó el camarero.

-No lo sé -contestó Nick escuetamente.

-Creo que todos lo están -le confió el camarero, apoyando los codos sobre el mostrador e inclinándose hacia él. Cogió el dinero de Nick y se volvió hacia la caja registradora para guardarlo-. He visto chicos que iban allí catorce o quince veces, incapaces de aceptar el hecho de que ellos, o como en su caso, su hijo, no iban a aprobar. Lo intentan una y otra vez, siempre con el

mismo resultado. Los Nuevos Hombres no dejarán que ingrese nadie más en el Servicio Civil. Quieren... –Miró a su alrededor y bajó la voz–. No desean repartir la acción entre nadie más, aparte de ellos mismos. Diantre, si prácticamente lo admiten en los discursos gubernamentales. Ellos...

–Necesitan sangre fresca –lo interrumpió Nick. Se lo dijo al camarero como tantas veces se lo había repetido a sí mismo.

–Ya tienen a sus hijos –rezongó el camarero.

–No es suficiente –dijo Nick tomándose la solución.

Ya sentía cómo la fenmetrazina hidroclórica le hacía efecto, aumentando su sentido del valor, su optimismo; en su interior experimentaba un poderoso resplandor.

–Si se descubriese –prosiguió– que los exámenes del Servicio Civil están manipulados, el gobierno tendría que dimitir antes de veinticuatro horas, y gobernarían los Inusuales, sustituyéndolos. ¿Cree que los Nuevos Hombres desean que gobiernen los Inusuales? ¡Dios mío...!

–Opino que trabajan juntos –murmuró el camarero, mientras se disponía a atender a otro parroquiano.

Cuántas veces, pensaba Nick al salir del bar, yo mismo he creído eso... Primero, gobiernan los Inusuales, después los Nuevos Hombres. Si hubiesen planeado esto a la perfección, de manera que pudieran controlar el sistema de análisis personales, podrían constituir, como dije, una estructura de poder autoperpetua; pero todo nuestro sistema político se basa en el hecho de la animosidad mutua de dos grupos... y esta es la verdad básica de nuestras vidas... Esto y el reconocimiento de

que, a causa de su superioridad, merecen gobernar y saben hacerlo con prudencia y sabiduría.

Se movió por entre la masa de transeúntes y llegó junto a su hijo, que estaba hechizado contemplando un escaparate.

–Vámonos –dijo Nick, colocando su mano con firmeza sobre el hombro de su hijo.

Las drogas lo animaban mucho.

–Ahí venden un cuchillo que inflige dolor a distancia –le dijo Bobby sin moverse–. ¿Puedo tener uno? Si lo tuviese, me daría más confianza en el examen.

–Es un juguete –replicó Nick.

–Aunque lo sea –suplicó Bobby–. Por favor. Haría que me sintiese mucho mejor.

Algún día, pensó Nick, no tendrás que gobernar por medio de infligir dolor... Gobernar a tus iguales, servir a los amos. Tú serás uno de los amos y yo podré aceptar tranquilamente cuanto suceda a mi alrededor.

–No –se negó con rotundidad, conduciendo al muchacho hacia el denso tráfico de la acera–. No te fijas en las cosas concretas –le advirtió con dureza–. Piensa en abstracciones, piensa en los procesos neurológicos. Esto es lo que te preguntarán. –El chico se retrasaba–. ¡Muévete! –rugió Nick, urgiéndolo a ir hacia adelante.

Y, sintiendo físicamente la repugnancia de su hijo, intuyó la irremediable presencia del fracaso.

Desde hacía cincuenta años todo era igual; desde el año 2085 en que fueron elegidos los primeros Nuevos Hombres, ocho años antes de que el primer Inusual llegara a tan alto puesto. Después, fue una novedad; todo el mundo se preguntaba qué tal funcionarían en la práctica aquellos tipos de reciente e irregular evolución. Habían funcionado bien, demasiado bien para que los sucediese algún Antiguo. Mientras ellos podían

equilibrar un grupo de luces brillantes, un Antiguo solo podía cuidar de una. Algunas acciones, basadas en procesos mentales que ningún Antiguo podía concebir, no tenían parangón entre las primitivas variedades de las especies humanas.

–Fíjate en este titular –exclamó Bobby, deteniéndose ante un montón de periódicos.

LA CAPTURA DE PROVONI ESTÁ CERCA

Nick lo leyó sin interés, sin creérselo y, al mismo tiempo, sin que le importase. En lo que a él concernía, capturado o no, Thors Provoni ya no existía. Pero Bobby parecía fascinado por la noticia. Fascinado... y asqueado.

–Ni siquiera han capturado a Provoni –dijo el chico.

–No lo digas tan alto –le aconsejó Nick, acercando los labios al oído de su hijo. Se sentía profundamente inquieto.

–¿Qué me importa que me oigan? –exclamó Bobby, acaloradamente. Señaló la masa de hombres y mujeres que pasaban junto a ellos–. En realidad, todos están de acuerdo conmigo.

Miró a su padre con ira.

–Cuando Provoni se marchó fuera del Sistema Solar –recordó Nick–, traicionó a toda la humanidad, a la Superior y al resto.

Así lo creía firmemente. Ya habían discutido el asunto muchas veces, aunque nunca lograban integrar sus opiniones contradictorias respecto al hombre que había prometido encontrar otro planeta, otro mundo habitable, en el que los Antiguos pudiesen vivir... y gobernar.

–Provoni fue un cobarde –continuó Nick–, y un

submental. No creo que valga la pena perseguirlo. Aunque está claro que lo han localizado.

–Siempre dicen lo mismo –adujo Bobby–. Hace dos meses nos aseguraron que antes de veinticuatro horas...

–Era un submental –repitió Nick–, y por eso no cuenta.

–También nosotros somos submentales –insistió Bobby.

–Yo sí –asintió Nick–, pero tú no.

Siguieron caminando en silencio, ya que ninguno de los dos tenía ganas de hablar.

El oficial del Servicio Civil, Norbert Weiss, sacó una tarjeta verde de la computadora procesal que había detrás de su escritorio y leyó atentamente la información:

APPLETON, ROBERT.

Lo recuerdo, se dijo Weiss. Doce años, padre ambicioso...

¿Qué había demostrado el chico en el examen preliminar? Un notable factor E, muy por encima del promedio normal, pero...

Cogió el videófono interdepartamental y marcó el número de la extensión de su jefe, Jerome Pikeman.

Apareció el abolsado y alargado rostro, dejando ver la tensión de su excesivo trabajo.

–¿Sí?

–No tardará en llegar el chico Appleton –advirtió Weiss–. ¿Ha tomado ya una decisión? ¿Lo aprobamos o no?

Sostuvo la tarjeta delante del visor del videófono para refrescar la memoria de su superior.

–A la gente de mi departamento no le gusta la acti-

tud servil del padre –opinó Pikeman–. Es tan extremo respecto a la autoridad que pensamos que tal vez podría imbuir su actitud negativa en el desarrollo emocional de su hijo. Suspéndalo.

–¿Del todo? –preguntó Weiss–. ¿O en otro examen...?

–Suspéndalo para siempre. Totalmente fuera. Le haremos un favor, porque seguramente él tampoco desea aprobar.

–Ese chico tuvo una calificación muy alta.

–Pero no excepcional. Nada que necesitemos.

–Pero, si hemos de ser justos con él... –protestó Weiss.

–Precisamente para ser justos con ese chico lo suspenderemos. No es ningún honor, ningún privilegio conseguir una clasificación federal, sino una carga. Una responsabilidad. ¿No cree, señor Weiss?

Jamás lo había mirado desde este punto de vista. Sí, se dijo, estoy abrumado por el trabajo, el sueldo es bastante bajo y, como dice Pikeman, en él no hay honor sino una especie de deber. Pero tendrían que matarme para que renunciase a él. Se preguntó por qué pensaba de ese modo.

En septiembre de 2120 había obtenido el grado del Servicio Civil, y desde entonces había trabajado para el gobierno, primero bajo un Presidente Inusual del Consejo, después con un Presidente de los Nuevos Hombres; es decir, de uno de los dos grupos que últimamente ostentaban el control. Weiss, lo mismo que otros como él, como otros empleados del Servicio Civil, seguía en su puesto, llevando a cabo sus hábiles funciones. Hábiles... e inteligentes.

Ya desde niño se había definido legalmente como un Nuevo Hombre. Su corteza cerebral mostraba visibles nódulos Roger y, en las pruebas de inteligencia,

exhibió una apropiada y magnífica capacidad. A los nueve años de edad ya había superado en ideas a un Antiguo maduro; a los veinte, podía proyectar mentalmente una tabla al azar de un centenar de números... y también de más. Podía, por ejemplo, sin usar una computadora, determinar la posición del rumbo de un barco sujeto a tres gravedades, pues gracias a sus innatos procesos mentales podía proyectar su situación en cualquier momento. Podía deducir una gran variedad de correlaciones desde una preposición dada, teórica o prácticamente. Y a los treinta y dos... En una hoja ampliamente difundida había presentado objeciones a la clásica teoría de los límites, demostrando, según su estilo propio y único, un posible retorno, al menos en teoría, al concepto de Zenón acerca del movimiento progresivamente partido, utilizando como palanca la teoría de Dunne sobre el tiempo circular.

Como resultado de esto obtuvo un puesto inferior en una rama inferior del Departamento Federal de Calificaciones Personales del gobierno. Aunque original, lo conseguido no era mucho. Al menos, comparado con los adelantos logrados por otros Nuevos Hombres.

En menos de cincuenta años estos habían alterado el mapa del pensamiento humano. Lo habían cambiado en algo que los Antiguos, la gente del pasado, no podía ni entender ni reconocer. Por ejemplo, la teoría de la acausalidad de Bernhad: en 2103, Bernhad, que trabajaba en el Instituto Politécnico de Zúrich, había demostrado que, pese a su enorme escepticismo, Hume estaba básicamente en lo cierto respecto a que era la costumbre, y nada más, lo que unía los acontecimientos comprendidos por los Antiguos como causa y efecto. Actualizó la teoría de las mónadas de Leibniz, con resultados catastróficos. Por primera vez en la his-

toria de la humanidad fue posible predecir los resultados de las secuencias físicas sobre la base de un espectro de predicados variables, cada uno verdadero, cada uno tan «causal» como el siguiente. Como consecuencia de esto, las ciencias aplicadas adoptaron una forma nueva con la que los Antiguos no podían competir; en sus mentes, un principio de acausalidad significaba el caos; no podían predecir nada.

Y aún había habido más.

En 2130, Blaise Black, un Nuevo Hombre clasificado como G-dieciséis, trastornó el principio de sincronicidad de Wolfgang Pauli. Demostró que la llamada línea «vertical» de la conectividad, tan fácilmente proyectada, funcionaba como factor predecible, usando los nuevos métodos de selección al azar, como la secuencia «horizontal». Así, la distinción entre las secuencias quedaba efectivamente destruida, liberando la física abstracta de la carga de una doble determinación, haciendo que todos los cálculos, incluyendo los derivados de la astrofísica, fuesen fundamentalmente sencillos. El sistema de Black, como lo llamaron, puso fin a toda confianza en la teoría y la práctica de los Antiguos.

Las contribuciones aportadas por los Inusuales fueron más específicas, al estar relacionadas con las operaciones referentes a entidades reales. Así, al menos tal como él, Nuevo Hombre, lo veía, su raza contribuyó a subrayar los engranajes del mapa del universo reformado, y los Inusuales efectuaron su tarea en la forma de aplicación de esas estructuras generales.

Sabía que los Inusuales no estaban de acuerdo con esto, pero no le molestaba.

Yo tengo una clasificación G-tres, se dijo a sí mismo, y he hecho algo: he añadido un ápice a nuestro conocimiento colectivo. Ningún Antiguo, por bien do-

tado que estuviese, lo habría conseguido. Exceptuando quizá a Thors Provoní. Aunque Thors Provoní llevaba varios años ausente; ya no perturbaba el sueño de los Inusuales ni de los Nuevos Hombres. Provoní recorría incansablemente los linderos de la galaxia, buscando, en su cólera, algo vago, algo quizá metafísico. Una respuesta, por decirlo de alguna manera. Una respuesta. Thors Provoní gritaba en el vacío, ruidosamente, con la esperanza de obtener una respuesta.

Que Dios nos ayude, pensó Weiss, si alguna vez la encuentra.

Aunque lo cierto era que no temía a Provoní; ni tampoco lo temían sus semejantes. A medida que los meses se convertían en años, algunos Inusuales nerviosos murmuraban entre ellos, mientras Provoní no moría ni era capturado. Thors Provoní constituía un anacronismo; era el último de los Antiguos que no aceptaba la historia, que soñaba con una acción ortodoxa e impensada; vivía en un pasado decaído, la mayor parte del cual no era real; un pasado soñador y muerto que no podía ser recordado, ni siquiera por un hombre tan bien dotado, tan educado y tan activo como Provoní. Es un pirata, se dijo Weiss, una figura casi romántica, toda una leyenda. En cierto sentido, cuando muera lo echaré de menos. Al fin y al cabo, nosotros procedemos de los Antiguos, y estamos relacionados con ellos. A distancia.

—Es una carga —asintió ante su superior, Pikeman—. Tiene razón.

Esta labor, este Servicio Civil con sus clasificaciones es una carga, pensó. Yo no puedo volar a las estrellas; no puedo lograr algo que no existe en las remotas curvas del Universo. ¿Qué sentiré cuando destruyamos a Thors Provoní? Mi trabajo será mucho más aburrido.

Y, sin embargo, me gusta. No renunciaría a él. Ser un Nuevo Hombre es algo importante.

Tal vez soy víctima de la propaganda, reflexionó.

—Cuando venga Appleton con ese chico —dijo Pike-man—, hágale a Robert todo el examen, y después dígalles que la clasificación no estará lista hasta, aproximadamente, dentro de una semana. De esta forma podrán soportar mejor el golpe.

—Sonrió rígidamente y añadió—: Además, no tendrá que darles usted la noticia, la recibirán por escrito.

—No me importaría comunicársela personalmente —adujo Weiss.

Pero sí le importaba. Porque, probablemente, no sería la verdad.

La verdad, pensó. Nosotros somos la verdad; nosotros la creamos; la verdad es nuestra. Juntos hemos compilado una nueva carta. Mientras crecemos, la verdad crece con nosotros; y nosotros cambiamos. ¿Dónde estaremos el próximo año?, se preguntó. No hay forma de saberlo, excepto para los videntes que hay entre los Inusuales, que ven muchos futuros a la vez, como, según había oído, hileras de palcos.

La voz de su secretaria llegó por el intercomunicador.

—Señor Weiss, un tal señor Appleton y su hijo preguntan por usted.

—Que pasen —accedió Weiss, retrepándose en su cómoda silla imitación pelo de nauga, disponiéndose a recibirlos.

Sobre el escritorio estaba el formulario para el examen; jugueteó con él reflexivamente, viendo, por el rabillo del ojo, cómo adoptaba varias formas. Por un instante, casi cerró los ojos y le dio forma, en su mente, tal como deseaba que fuese exactamente.